



San José, en el Día del Seminario y la apertura del Año de la Familia

San Nicolás, 19 de marzo de 2021

En este día, 19 de marzo, celebramos la solemnidad de San José. Y lo hacemos especialmente en este año en el que el papa Francisco lo ha querido dedicar a él, conmemorando los 150 años desde que fue declarado patrón de la Iglesia Universal.

En los relatos evangélicos S. José no se hace notar ni por sus palabras, ni por especiales protagonismos; más bien actúa sin hacer ruido aunque tiene una tarea fundamental en relación al gran medio de la Encarnación y en los tiempos de la infancia y juventud de Jesús.

Como acabamos de leer en el Evangelio, San José se muestra capaz de poner la voluntad de Dios por encima no sólo de la suya, sino incluso por encima de sus convicciones y temores, haciéndose totalmente disponible para servir al plan divino de la Encarnación, al inicio del proyecto de Dios para la Salvación de toda la Humanidad. Obedeciendo con prontitud a todo lo que Dios le va indicando, muestra su capacidad de fiarse de Dios, de esperar contra toda esperanza, como señala en la segunda lectura S. Pablo acerca de Abraham, de dejar en manos del señor el timón de su vida, como bellamente señala Papa Francisco.

Que gran lección encierran estos actos de San José para todos nosotros. Lección de gran importancia, fundamental, en tiempos de grandes interrogantes e incertidumbres como son los nuestros, donde una decisiva pandemia nos ha puesto en crisis planes y proyectos y nos demuestra día a día la fragilidad y límites de nuestra condición humana. En momentos así, aprendamos de S. José a confiar en los planes de amor y salvación que Dios tiene para con nosotros, para nuestra frágil Humanidad. Y aprendamos que esa confianza en Dios de S. José, corre en paralelo a la confianza que Dios tiene en él, en José, al confiarle el más preciado tesoro: las personas de Jesús y de María.

Por ello es especialmente hermoso que hoy su luminosa figura, en el día de su fiesta en su Año a él dedicado, sea luz y referencia para dos decisivas vocaciones que se nutren y fortalecen mutuamente, como tan acertadamente se ha señalado en el saludo de esta celebración: la vocación sacerdotal y la vocación matrimonial. Pues hoy celebramos el día del Seminario, porque S. José es patrón de los Seminarios; y hoy, día de S. José, custodio de la Sagrada Familia, inauguramos, junto al Papa y toda la Iglesia, el Año de la Familia Amoris Laetitia que abrimos para toda la Diócesis en esta Eucaristía sea abundante en frutos, para la pastoral familiar en nuestras parroquias y

movimientos; llegado a toda nuestra Iglesia el impulso que desde Roma trata de dar Papa Francisco, y en nuestra Diócesis la tarea ilusionada de años de tantos laicos comprometidos desde el Secretariado de Familia y Vida, así como desde grupos cristianos implicados en una concepción cristiana de la vida, la educación y la institución familiar.

Recordemos, especialmente, en este día de S. José que el valor evangélico encarnado por él es el de la paternidad. En Él, de hecho, de la paternidad resalta no el aspecto más material, el de la generación, sino os aspectos, más espirituales y más difíciles, de facto, aquellos que más importa y es necesario inculcar, sobre todo en tiempos en los que, de años, cayó en crisis y desfiguración la figura del padre, con notables consecuencias no solo familiares, sino sociales e incluso eclesiales.

Tengamos presente que Dios ha escogido este título, el de Padre, para revelarse a los seres humanos; y que Jesús nos ha enseñado a reconocer, sobre todo en dos rasgos, la paternidad de Dios. La primera característica o rasgo es este: Dios es Padre porque “se cuida de nosotros” (1Pe 5,7). San José encarna en este rasgo la paternidad. Su solicitud por la esposa –María- y por Jesús llena los primeros momentos del Evangelio.

El otro rasgo que Jesús ha destacado en la paternidad de Dios es la bondad: “Sed buenos como lo es vuestro Padre del cielo” (Lc 6,36). Recordemos la actitud y conducta que Jesús atribuye al padre de la parábola del “hijo pródigo”. Pensemos ahora en José, su delicadeza con María cuando descubre su maternidad, o su silencio contenido en el Templo ante Jesús perdido, que ha llenado de angustia su corazón.

La figura de Dios Padre, la encarnación de sus rasgos paternos en S. José, pueden dar mucha luz sobre el rol del padre en el seno de la familia y su insustituible misión, tan eclipsada en nuestros tiempos. Una misión que trasciende la materialidad y que está llamada a encarnar fortaleza y bondad, dedicación y sacrificio hacia la esposa y hacia los hijos. Una misión que sin duda no puede caer en vacíos e inhibiciones, que tan preocupantes resultados ha traído. Y que requiere pedir a Dios que conciencie y ayude a vivir la gracia de estado de quienes están llamados a abrir tiempos nuevos para una paternidad responsable.

Con tanta riqueza de mensajes que se encierran en este día y celebración, acudamos al Señor en esta Eucaristía y pongamos en sus manos todo: lo que nos pide desde la figura entrañable de S. José, desde nuestras necesidades familiares en el Año que comienza y desde el deseo de seguir contando con pastores buenos forjados en el seminario. María con José intecedan por todo ello. Así sea.

✠ Jesús Murgui Soriano.
Obispo de Orihuela-Alicante.

